LA MALDICIÓN DEL ERMITAÑO

Agaes

Image not found.

Capítulo 1

LA MALDICIÓN DEL ERMITAÑO

(Versión repasada)

Fogson era una aldea tan apartada y solitaria que nadie la visitaba, pero sobre todo se le conocía por la tradicional manera como los padres reñían a sus hijos que no sabían diferenciar juegos de trastadas cuando se juntaban para divertirse hasta la llegada de la medianoche. Bastaba con referirles a las terribles consecuencias derivadas de una vieja historia sin origen ni prueba de existencia —pero con una imaginación desbordante— para meterles el miedo en el cuerpo. Llamaban al protagonista de la leyenda el Ermitaño.

"Como vuelvas a llegar tarde, el Ermitaño bajará esta noche para llevarte al infierno".

"Si vuelves a traer otro suspenso, llamaré al Ermitaño para que te lleve esta noche al infierno".

Normalmente, la cantinela funcionaba. El revoltoso y asustado gazapo regresaba a la madriguera en menos de un suspiro y sólo había que recordárselo en alguna ocasión aislada, si volvía a desviarse.

Pero con Timmy, la cosa era distinta.

Destacaba, y con creces, por ser el más curioso de Fogson, el único que se preguntaba por qué Marco, el apuesto y joven vendedor de artículos campestres visitaba todas las noches sí o sí a la bella libertina del pueblo; el único que se preguntaba por qué todo el mundo tomaba por bruja loca a la vieja tendera de hierbas e infusiones, cuando su única demencia era repetir la misma promesa cada vez que se cruzaba con alguien.

"¡Lo cogeré, cogeré al ladrón que ha roto mi puerta y me ha robado!".

Puerta que por cierto, nunca arreglaba.

Temiendo que su carácter inquieto provocara más problemas de la cuenta, sus padres se veían obligados a recurrir a las argucias del Ermitaño cada dos por tres para hacerle entrar en vereda. Pero claro, la eficacia de esta técnica residía en el pavor que infundía a uno al cometer una travesura, y no por poner a prueba la paciencia a base de tanto porqué. Timmy, tan cotilla como espabilado, pronto sospechó que la famosa noche del infierno en la que el Ermitaño había de llevarle nunca llegaba. Incluso terminó respondiendo con un encogimiento de hombros ante el pánico que, atemorizando a los demás niños, debía causar en él un efecto parecido;

de uevo volvió a mandar la razón sobre el corazón y el temor que corregía conductas se tornó curiosidad por el modus operandi.

¿Por qué los padres recurrían al Ermitaño para asustar a sus hijos? ¿Por qué no venía nunca a llevarse a nadie?

Sucedió que un día la prosa del porqué se le antojó aburrida, por lo que Timmy decidió que ya era hora de pasar a la acción, y qué mejor forma de hacerlo que visitar la tienda de hierbas e infusiones. La tendera, o la vieja bruja, que contaba tantos años como arrugas surcaban su piel, largas al compás de su cabello plateado, le recibió con recelo, fastidio y cara de pocos amigos, porque además de anciana, su longevidad se acentuaba por el desagrado que le causaban los infantes. Lo que no se esperaba fue que a Timmy, su carácter irritable y desabrido no le intimidaba en absoluto, y sin tapujos le expuso la razón de su fastidiosa presencia.

—¿Sabes quién es el Ermitaño?

—¡Es un ser malo y cruel, henchido de odio y amargura, que bajará en de las aguas negras durante el tiempo de la luna para llevarte al infierno si sigues molestándome! ¡Vete a jugar con los otros niños, pues tengo mucho que hacer, como coger al ladrón que ha roto mi puerta y me ha robado!

Y vuelta a lo mismo con la noche fatídica que nunca llegaba. El portazo resumió la conversación en un suspiro de frustración por parte de Timmy.

¡Pero no iba a quedarse de brazos cruzados! Después de analizar su desmesurada respuesta, despojándola de toda la palabrería sobrante, Timmy encontró al fin el premio a su perseverancia: el Ermitaño “bajaba” a llevarse a los traviesos, vale, pero lo hacía desde las aguas negras, un lugar que curiosamente, conocía y no quedaba lejos. Desde luego que no se lo pensó dos veces: con tal de que regresara a casa antes de medianoche, sus padres no se enterarían de nada.

Antes de que la noche terminara de cerrarse por completo, Timmy esperó a que la luna y las estrellas del cielo raso le proporcionaran la iluminación suficiente para moverse por la oscuridad. Los aldeanos de Fogson habían bautizado con el nombre de aguas negras a un antiguo estanque que de antaño abastecía de agua potable a todo el mundo, y que ahora, la carga de una camioneta roja medio hundida, la había infectado y ennegrecido, haciendo así gala de su nombre e imposible ingesta. Al igual que a Timmy con el Ermitaño, algo parecido ocurría con la camioneta medio hundida en el estanque: nadie sabía cómo había terminado allí, pero tampoco había intención por averiguarlo. Si la tradición popular hablaba de una especie de penitente que, rondando por aquellos lugares abandonados y oscuros, descendía al pueblo en cuanto las familias apelaban al terror de su nombre, bastaba para que éstas, que además constituían el grueso del

vecindario de Fogson —mentes cerradas que preferían la maldición de una luna negra a la contemplación de un eclipse, que llevaban patas de conejo y pociones de amor en lugar de colgantes de cruz y una pizca de galantería, que compartían sus vidas con espíritus que abrían puertas chirriantes antes que pararse a rociar las bisagras con aceite—, se tragara el cuento sin hacer preguntas.

Para Timmy, eso había que investigarlo.

Hacia las once y media, Timmy ya se encontraba lo suficientemente próximo a su destino como para divisar una pequeña luz que pestañeaba con jolgorio en medio de toda la negrura. Confirmó en seguida que se trataba de una pequeña hoguera, que escondía tras ella a un hombre sentado, cabizbajo e inmóvil, indiferente a su presencia, el cual se calentaba al ritmo de los brincos de las volutas ardientes. Como cabía de esperar, Timmy se dirigió directamente al hombre misterioso.

—Soy Timmy, ¿cómo te llamas?

El hombre levantó la cabeza lentamente. Su semblante denotaba tristeza y frustración. Su mirada, melancólica, apuntaba al infinito.

—Ya no recuerdo mi nombre.

—¿Por qué estás aquí? Ven a Fogson, allí tendrás cobijo y comida.

—No puedo regresar a la aldea.

Timmy frunció el ceño.

—¿Por qué no puedes volver?

El hombre volvió a sumirse en la apatía más profunda agachando la cabeza.

—Cometí un crimen terrible.

A la mañana siguiente, los niños se presentaron en casa de Timmy, extrañados porque la noche pasada no había venido a jugar con ellos. Al conocer de la pequeña aventura nocturna del más chismoso de los zagales de Fogson, todos se quedaron fascinados y convinieron en que visitarían a ese hombre sin nombre que se resguardaba de la intemperie tras una discreta fogata. Cuando la estela del sol comenzó a perderse tras las montañas, Timmy les guió hasta el lugar exacto donde lo había visto por última vez, más allá del estanque de aguas negras y turbias, pero para su sorpresa, comprobó que allí no había nadie.

Decepcionados, todos los amigos se burlaron de él y regresaron a Fogson.

Timmy permaneció allí, medio enojado medio presa del desconcierto.

¿Por qué se había ido?

"…y vendrá esta noche para llevarte al infierno".

"¡…bajará de las aguas negras durante el tiempo de la luna para llevarte al infierno!".

Jimmy soltó un chasquido.

La cansina cantinela con la que los mayores aleccionaban a sus hijos, y las tediosas amenazas de la vieja tendera resonaron en su cabeza como la chispa que respondía a su pregunta. En lugar de esperar a que el día comenzara a oscurecerse, aguantó hasta que las primeras estrellas alumbraran el firmamento. Volvió a bordear el estanque cuando la luna ya se estaba asomando para cumplir con su rutinaria obligación. Camino de las once y media, ya había dejado atrás el estanque, donde aún permanecía, hundida y perenne, la camioneta roja.

—¡Bien! —gritó, incapaz de contener la emoción nada más divisar la pequeña hoguera; allí estaba el misterioso tipo, en el mismo sitio y en la misma posición que la noche pasada, además de la nostalgia que tampoco se había despegado de sus ojos cavernosos.

—¡Oye! Ayer vine con mis amigos y no te encontré.

El hombre levantó lentamente la cabeza.

—¿Quién eres? —dijo en un tono ronco y amargado.

—¡Soy Timmy! —respondió, algo alterado— ¿Ya te has olvidado? ¿No tienes memoria? ¿Por qué apareces sólo cuando llega la noche?

—Haces demasiadas preguntas… pero eres el primero que lo hace.

Timmy permaneció varios segundos sin saber muy bien qué decir. Era la primera vez que le ocurría.

—¿Qué te ha pasado? El hombre descendió la cabeza con una parsimonia casi insultante.

—Cometí un crimen terrible.

—¡Ya lo sé! —le gritó, presa de la desesperación— ¿Qué más?

Esta vez no iba a tropezar con la misma piedra dos veces. Corriendo como un ciervo, Timmy regresó rápidamente a Fogson, pero tomando el sendero que le llevaba directo a la tienda de artículos campestres de Marco. Llamó a la puerta y nadie le abrió. Soltó una mueca. Probablemente habría ido a visitar a la bella libertina. Reanudó la galopada hasta alcanzar la primera casa de uno de sus amigos, pero las luces de su habitación estaban apagadas, un claro indicio de que estaría durmiendo. Y lo mismo se encontró con el resto de la pandilla. Pataleó, impotente, como un potro desbocado. Si esperaba a la mañana siguiente cuando la actividad se reanudara en Fogson, ya sería demasiado tarde y el tipo misterioso volvería a desaparecer.

¡Tenía que ser esa noche!

Poco tardó en encontrarle solución. Cogió del suelo todas las piedras que pudo agarrar con ambas manos y recorrió el camino inverso tirándolas, una por una, a cada ventana que se iba cruzando a su paso. Algunas chocaron contra los muros; otras sacaron las tejas de su sitio, y sólo unas pocas lograron su propósito, despertando al amigo dormido, conmocionado por el ido de los cristales de la ventana haciéndose añicos. Como chavales que eran, poco les importaba comunicarse a base de voces aunque fuera de noche, y pronto el jaleo contagió a los de la casa de al lado, y así sucesivamente. Para cuando Timmy se dio cuenta, ya tenía todo Fogson fuera de sus hogares, aún con los gorros de dormir puestos, con alguna que otra tea encendida y unas ojeras que les llegaban a las pantuflas. Fue Marco quien, con la mano de la bella libertina fuertemente cogida, le preguntó por aquel alboroto. Timmy le agarró la mano que tenía libre, y sin dejar de repetir que no había tiempo que perder, puso pies en polvorosa. La pareja, confundida, se vio obligada a hacer lo mismo ya que Marco no encontraba forma de desasirse de la mano del crío. Intrigados y presintiendo que tardarían un buen rato en volver a conciliar el sueño, los aldeanos les siguieron.

Timmy, que tiraba de Marco y éste a su vez, de su bella libertina, corría todo lo deprisa que podía, y pasó delante de la tienda de hierbas e infusiones de la vieja tendera, también desvelada por el tremendo jaleo que la estela de ese condenado niño dejaba tras de sí. Desconcertada al presenciar cómo todo el pueblo de Fogson desempeñaba su especie de procesión sin pestañear siquiera, la vieja se unió a ellos.

—¡Lo cogeré, cogeré al ladrón que ha roto mi puerta y me ha robado!

Nadie se hizo eco de sus palabras. De hecho, “nadie” se hacía eco de sus palabras.

Timmy condujo a todo Fogson como si de borregos se tratasen atravesando el estanque de aguas negras, y advirtió con entusiasmo que la pequeña fogata a distancia de la camioneta roja hundida aún seguía allí. Aguardó a que los aldeanos, sin resuello, se fueran acercando. Éstos, que vieron que Timmy se detenía finalmente, se conjuraron para decirle un par de cosas sobre el alboroto de antes, pero en cuanto vieron a un desconocido sentado al amparo de la hoguera chispeante, se olvidaron rápidamente de su querella.

El hombre apenas se inmutó ante semejante expectación. Estaba triste, muy triste, y pareció contagiar su aflicción al resto de los presentes que se le quedaron mirando como si estuviesen hechizados. Timmy, al que las maneras-de-hacer-las-cosas de los adultos le importaban lo más mínimo, encontró en Marco al testigo más idóneo —mayormente, porque nadie se atrevía a acercarse— para dar sentido al plan que llevaba rato urdiendo.

—¿Quién eres, amigo? —le preguntó Marco.

—No recuerdo mi nombre.

—El Ermitaño… —proclamó un buen grupo de aldeanos.

—Sí. Ahora nos llevará al infierno… —se lamentó otro grupo numeroso.

Estupefacto, Timmy no perdía detalle de lo que estaba sucediendo.

—¿Eres El Ermitaño? —inquirió Marco.

—No recuerdo mi nombre.

—¿De dónde vienes?

—De allí abajo.

Al advertir cómo su dedo apuntaba al corazón de la misma Fogson, los aldeanos se quedaron estupefactos.

—No te reconocemos, no sabemos quién eres.

El hombre sonrió melancólicamente.

—Ha pasado tanto tiempo que ya me habéis olvidado.

La bella libertina se adelantó unos pasos.

—Sé quién fuiste una vez. He reconocido la camioneta roja de mi esposo

nada más verla. Ahora sé por qué esa noche no regresaste a casa.

—¡Se mató al estrellarse en el estanque! —chilló Timmy, alucinando.

—No logro comprenderlo —dijo Marco, confuso—, ¿cómo tú, mi bella libertina, que tienes pocos años y una piel tersa, dices que estuviste casada cuando vives sola y compartes las noches conmigo? Si de verdad es tu esposo, ¿no es lógico que alguien más le reconociera?

—Es el Ermitaño —insistió un aldeano.

—¡Sí, maldito ladrón —gruñó ahora la vieja tendera—, rompiste mi puerta y me robaste!

—¡Pregúntaselo, pregúntaselo! —llamó Timmy la atención a Marco, tirando enérgicamente de su manga.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó, finalmente.

—Porque no puedo ir a ninguna otra parte.

—¡Es un fantasma! —gritó una aldeana.

—¡Es el Ermitaño! —corrigió el esposo.

—¿El Ermitaño es un fantasma? —preguntó embobado el hijo de éstos— ¿no puede descansar?

El hombre miró tristemente al niño.

—No.

—¿Pero eres realmente un espíritu? —trató de aclararse un Marco completamente agobiado.

—No.

Los murmullos y cuchicheos comenzaron a invadir el lugar.

—A ver —se adelantó, malhumorado, el carpintero de Fogson— ¿Estás muerto o no?

Timmy se interpuso entre el carpintero y Marco, dejando la hoguera y al hombre a sus espaldas.

—Dejad que os cuente la historia que me contó a mí.

Los murmullos cesaron y por primera vez, el tipo misterioso se dirigió a ellos.

—Cometí un crimen tan terrible que ni el diablo quiso acogerme en el infierno.

"Aquella noche, sobre las once y media, me acerqué a la tienda de Marco a por unas cosas con que preparar una acampada con mi mujer. Teníamos problemas conyugales y pretendí de esa forma ponerle remedio. Marco no estaba y tuve que volver a casa con las manos vacías. Fue entonces cuando mis ojos cogieron infraganti a mi mujer, cumpliendo con Marco lo que tenía que cumplir conmigo".

"Destrozado, la culpé de todos nuestros problemas conyugales. Loco de ira, me propuse acabar con mi pena de la única manera posible. Me colé en la casa de la vieja bruja rompiendo la puerta y me llevé una garrafa cuya etiqueta identificaba el contenido como arsénico. Desesperado por lo que había presenciado, deambulé sin rumbo y sin control con mi camioneta roja hasta que perdí el control, y me estrellé en el estanque que da de beber a Fogson con sus aguas potables y cristalinas".

"El capricho del destino quiso que yo saliera ileso de mi camioneta, ya hundida en el estanque, pero la garrafa de arsénico se había roto irremediablemente, desparramando el líquido por todas partes, envenenando las aguas y volviéndolas oscuras. Calado hasta los huesos y aterrado por lo que había sucedido, corrí hasta quedarme sin aliento. Me detuve aquí, encendi una hoguera con la que calentarme y secar mi ropa empapada".

"Pocas horas más tarde, la vieja tendera apareció y me miró con ojos rojos de ira. Su piel estaba blanquecina, su cuerpo tiritaba más que el mío, y de su boca colgaban hilos verdosos. Comenzó a gritarme sin motivo aparente".

"'¡Maldito ladrón, rompiste mi puerta y robaste mi garrafa de arsénico con el que purgaba mi casa de ratas!".

"Durante el tiempo que permanecí bajo el abrigo del fuego, el arsénico ya había envenenado el estanque por completo. La saliva verdosa que escupía la vieja demostraba que ella también había probado el agua infectada, y con su último aliento, levantó sus manos esqueléticas y me gritó por última vez".

"Has privado a toda la gente de Fogson de su hora de eterno descanso, al haber abandonado la vida terrenal antes de tiempo, y ahora vagarán entre el mundo de los vivos y los muertos, sin saber por qué, sin más compañía

que sus últimos recuerdos".

"Por esto y por tu cobarde conducta, puesto que has negado el derecho de la muerte natural, te maldigo yo, privándote a ti de la tuya. Vivirás para siempre, sin descanso, ni hambre ni sed, con el frío como compañero y el fuego como uente de luz en las noches incontables que te aguardan, rememorando tus amargos remordimientos y tus lamentos, hasta el final de los tiempos".

Cundió un silencio aterrador, únicamente quebrado por los chispazos de las volutas de fuego, y uno por uno, los aldeanos fueron abandonando el lugar.

Quedaron finalmente Marco y la bella libertina que, cogidos de la mano, siguieron el espectral ritmo de los otros. Sólo Timmy, que permaneció allí, se preguntó dónde estaba la vieja bruja a la que había perdido de vista, absorto por la fantástica historia en la que se detallaba la maldición del Ermitaño.

Simplemente, no estaba allí.

Se volvió de nuevo hacia el hombre, todavía con la curiosidad necesaria como para preguntarle algo que llevaba rato rondándole por la cabeza.

—¿Somos nosotros, los muertos?

El hombre, de nuevo escondido tras la hoguera, le observó apenado, y una lágrima se escapó de sus ojos oscuros.

—Gracias a ti, ya sé quién soy.

—¿Quién eres?

—El Ermitaño.